

EL PSICOANÁLISIS Y LA PROFESIONALIZACIÓN DEL PSICÓLOGO (A PARTIR DE “EL PSICÓLOGO Y EL PSICOANÁLISIS” DE JUANA DANIS)*

Roberto Harari

“Toda ciencia sería superflua si la apariencia y la esencia de las cosas se confundiesen”.

C. Marx, *El Capital*.

“De las ciencias exactas y naturales las ciencias humanas aprendieron que hay que comenzar por negar las apariencias *si* se aspira a comprender el mundo; mientras que las ciencias sociales extrajeron la lección simétrica: hay que aceptar el mundo, si es que se pretende cambiarlo”.

C. Lévi-Strauss, *Criterios científicos en las disciplinas sociales y humanas*.

“El problema del inconsciente –su posibilidad, su situación, su modo de existencia, los medios de conocerlo y de sacarlo a luz– no es simplemente un problema interior de las ciencias humanas que estas se encontrarían por azar en su marcha; es un problema que es finalmente coextensivo a su existencia misma. Un elevamiento trascendental devuelto en un develamiento de lo no consciente es constitutivo de todas las ciencias del hombre”

M. Foucault, *Las palabras y las cosas*.

A guisa de aclaración.

En su artículo, Danis asevera que “no hay psicólogo que en algún momento de su formación no se haya enfrentado con el problema de su relación con el psicoanálisis”. Este trabajo intenta, precisamente, ahondar la problemática propuesta en tal artículo –quizás, aunque más no fuese, en su título–, contemplando accesibilidades conceptuales divergentes de las postuladas por Danis. Por otro lado, si bien nace como un comentario, prosigue su curso independizándose por momentos para dar pie a una postura que, encontrándose inscripta en la entraña misma del pensamiento y el quehacer científico contemporáneos, se halla, empero, ausente en el discurso de Danis. De ahí que nos pareciera oportuno incurrir en el “a partir” del encabezamiento.

El hilo conductor que guía las siguientes reflexiones está, a nuestro entender, muy bien compendiado en el comentario que R. Daniel realiza respecto de los objetivos que persigue la American Psychological Association, que consisten en “propender al progreso de la psicología como ciencia, como profesión y como medio de promoción del bienestar humano”. Expresa dicho autor que “éstos no son tres objetivos desvinculados; por el contrario, se encuentran íntimamente relacionados y son interdependientes. El primer objetivo es básico y constituye una precondition para los otros. No se puede cimentar una profesión sobre la opinión, el prejuicio o cualquier observación casual de la naturaleza humana. *Un cuerpo de*

* El artículo de Danis fue publicado en la *Revista Argentina de Psicología*, año 1, N° 1, sept. 1969, págs. 75-82, mientras que el de Harari fue publicado en la misma revista, año 1, N° 3, marzo de 1970, págs. 147-159. Este último fue republicado como primer capítulo del libro *Textura y abordaje del inconsciente*, Trieb, Buenos Aires, 1977.

*hechos establecidos, que adquieren un sentido por medio de la construcción de una teoría, es el fundamento sobre el cual se establece la práctica de la psicología”.*¹

Como es de rigor comenzar por el principio, abordemos entonces al título que nombra el artículo de Danis. Se trata de vincular y relacionar al psicólogo, por un lado, y al psicoanálisis, por el otro: así lo indica la conjunción “y”. El psicólogo es, sin duda, un profesional, un trabajador en el campo de la salud y de la enfermedad mental. No se nos escapa la imprecisión de los tres últimos vocablos incluidos en esa escueta definición –los que connotan mucho antes que denotan– pero, a los fines de nuestras apreciaciones, no es imprescindible ingresar en descripciones más exhaustivas y delimitadas. Por su parte el psicoanálisis, tal como lo puntualiza iterativamente Freud a lo largo de su obra, es : a) una teoría psicológica ; b) una terapia de las neurosis, y c) un método de investigación del psiquismo. Aspectos, desde ya, que no admiten un fácil desacople, pero que con todo no pueden dejar de diferenciarse, puesto que como veremos no guardan necesariamente una relación de implicación recíproca.

Psicoanálisis es, en consecuencia, un significante que no denota “per se” profesión alguna. Y para manifestarlo con palabras del propio creador del psicoanálisis, éste “es una parte de la psicología, ni siquiera de la psicología de los procesos mórbidos, sino simplemente de la psicología a secas. No representa, por cierto, la totalidad de la psicología, sino su infraestructura, quizá aún todo su fundamento. La posibilidad de su aplicación con fines médicos no debe inducirnos en error, pues también la electricidad y la radiología han hallado aplicaciones en medicina, no obstante lo cual la ciencia a la que ambas pertenecen sigue siendo la física”.²

Deducimos, por tanto, que el campo semántico que barren los significantes “psicólogo” y “psicoanálisis” no son ni con mucho superponibles.

El psicoanálisis es, en primer lugar, una ciencia –como tal, teoría– con su objeto de estudio específico: el inconsciente. Y como bien apunta Danis (aunque lo escribe entre paréntesis): “(no hay que confundir ciencia con profesión)”. Claro que incluye esta afirmación en medio de un discurso donde se lee, por ejemplo, que se abocará “a la tarea de diferenciación de *ambas profesiones*” (entiéndase: la de psicólogo y la de psicoanalista) y a “reflexionar sobre el sentido y la función de estas *profesiones*”, o a la elucidación de todo aquello que haga a “la diferencia más profunda entre *las dos profesiones*, ya que *ambas* tienen como meta trabajar con personas y sus problemáticas”, etc. Por ende, pese a sus buenas intenciones de no confundir ciencia con profesión, Danis cae en un presuroso y fragmentarizante reduccionismo por el que se homologan, como términos intercambiables, psicoanálisis y psicoanalista. Así, todo el trabajo traza su trama a partir de esta confusión lógico-conceptual, quizás porque la matriz comparativa “de profesión a profesión” resulte menos engorrosa para el método del empirismo ingenuo que nimba el artículo comentado.

Si estamos concordes con la cita de Daniel (v. s.), concluiremos que no es posible reflexionar en lo más mínimo acerca de “ambas profesiones” si no examinamos previamente aquello que el título del trabajo propone. (Título que, a juzgar por su contenido, hubiese sido más feliz: “El psicólogo y el psicoanalista”). Y reflexionar a un nivel teórico fundante, aquél al que dirigía sus miras Freud, el nivel de la infraestructura, del fundamento, viendo cómo se desprende de ello, cual fruto maduro, la profesión de psicólogo.

A tal efecto, aceptaremos en primera instancia la “vía histórica”, sobre la que discurre Danis, si bien de manera distinta. ¿Qué era, qué hacía, qué podía un psicólogo con anterioridad al advenimiento del psicoanálisis? Politzer nos lo dice con su elocuencia

¹ Daniel, Robert (ed.): *Contemporary Readings in General Psychology*, Houghton Mifflin Co., Boston, 1965, pág. 1 (el subrayado es de Harari).

² Freud, Sigmund: Apéndice a “El análisis profano”, *Obras Completas*, Santiago Rueda Editor, Bs. As., 1955. T. XXI, pág. 230.

habitual: “si le preguntáis (al psicólogo) en qué consiste su ocupación, os hablará de la vida interior... pero guardaos de expresar el deseo de ‘penetrar más adentro en el conocimiento del hombre’, pues para curaros de parecidas esperanzas románticas, os enviará a un laboratorio de psicología experimental para que concibáis una idea de la ciencia ‘tal cual debe ser’ ... el psicólogo no sabe nada y no puede nada... el psicólogo se conduce tan burdamente ante el hombre como el último de los ignorantes, y, lo que es curioso, su ciencia no le sirve cuando se enfrenta con el objeto de su ciencia, sino exclusivamente cuando se halla entre sus ‘cofrades’ ...su ciencia no pasa de ser ciencia de discusión, crítica”.³

El grito de guerra “objetivista” del conductismo pareció insuflar un hálito renovador y revolucionario al agonizante cuerpo doctrinario y nocional de la psicología clásica, modificando presuntamente y de consuno, el saber y el poder del psicólogo. Vana expresión de deseos. Al poco de andar del conductismo, se revelaron sus falencias y aporías y, especialmente, el inesperado parentesco de sangre que guardaba con la psicología subjetivista tradicional, según lo destacara Politzer. Es que tanto unos como otros partían de la noción implícita –cuya base estaba signada por toda una epistemología y una metodología propias– de que “el hecho psicológico debe ser un hecho perceptivo. Entonces nos vemos forzados a elegir entre la alternativa clásica de la percepción interna o de la percepción externa, o recurrir a ambas al mismo tiempo”.⁴ Pero ¿qué iban a saber y a poder, a poder y saber tales psicólogos, si querían adherirse a la “objetividad” de lo manifiesto, interno o externo? ¿Cómo, si de acuerdo con las citas del epígrafe, no eran científicos, si no les preocupaba indagar lo latente de la apariencia? Triste olvido de una tradición del pensamiento occidental, que Pagès comenta arguyendo que “como en la época de Platón, el teórico busca lo sólido tras lo precario, lo invariable detrás de lo móvil, lo intrínseco detrás de lo extrínseco, lo real detrás de lo aparente”.⁵ Triste olvido, en fin, que nos trae el recuerdo tanto de aquéllos que se dicen psicólogos cuando, en puridad, sólo procuran el mero establecimiento de correspondencias descubiertas y públicas entre los sucesos, como el de aquellos otros que proceden a instituir como ciencia (?) el producto de literarias descripciones fenoménicas acerca de estados de ánimo, como “la gana”, por ejemplo. Tanto unos como otros, en su ciego peregrinaje por los senderos de las precisiones manifiestas y ostensibles, yerran el camino al no poder trascender la comprensión de sentido común o convencional, preñado éste como está de tradiciones, prejuicios y opiniones que, obviamente, sólo desembocan en lesas inexactitudes.

Si la “objetividad” del dato perceptivo no pasa de ser más que una ilusión, ya que a tan desafortunados resultados conduce, preciso es reconocer que se debe “situar en la base de la ciencia psicológica, un acto de conocimiento de estructura más elevada que la simple percepción... [y que consiste en] la percepción complicada por una comprensión... consiguientemente, el hecho psicológico no es un dato simple : como objeto de conocimiento, es esencialmente construido”.⁶ Párrafo de Politzer a nuestro entender decisivo, que grafica la profunda conmoción ontológica y epistemológica que significó el nacimiento del psicoanálisis. Este es, en efecto, el que al hacer del inconsciente su objeto de estudio, funda en psicología el proceder descripto: el dato no es un dato simple, “objetivo”, sino que es construido por el psicólogo.

Nueva ubicación del observador en el espacio epistemológico, rejerarquización de la construcción de modelos, replanteo de la función de la inferencia en el proceso del conocimiento científico. Y, si todo esto ha sido posible por hacer del inconsciente el *objeto* de

³ Politzer, Georges: *Crítica de los fundamentos de la psicología: el psicoanálisis*, Jorge Alvarez, Bs. As., 1966, págs. 41, 42, 43.

⁴ Politzer, Georges: op. cit., pág. 221.

⁵ Pagès, Robert: *El vocablo “estructura” y la Psicología Social*. En: Bastide, Lévi Strauss et al. *Sentidos y usos del término Estructura en las Ciencias del Hombre*, Paidós, Bs. As., 1968, pág. 76.

⁶ Politzer, Georges: op. cit., pág. 223.

estudio del psicoanálisis, es de lamentar, a todas luces, la confusión en que incide Danis cuando afirma que dicho objeto es “el ser humano en tratamiento”. Reafirma, de tal manera, su escotomización o desconocimiento –¿ese Freud “ya superado” (y nunca estudiado)” al que alude Danis?– del cuerpo de conocimientos teóricos que instituyen y permiten la práctica psicoanalítica, la cual hace de la cura su objetivo, su propósito. Propósito únicamente viable si los conceptos que fundamentan su práctica han sido rigurosamente demostrados, en tanto, como cualquier ciencia, el psicoanálisis faculta al ejercicio de una práctica por la existencia de una teoría, de la que aquélla es un momento subordinado.⁷

Mas el error que comete Danis no vale sólo por sí, sino por las insospechadas consecuencias que trae aparejadas. En su urgencia por consignar supuestas diferencias en la práctica, en el quehacer manifiesto de “ambas profesiones”, olvida la advertencia de Lacan: “La técnica no puede ni ser comprendida ni, por tanto, correctamente aplicada, si se desconocen los conceptos que la fundamentan”.⁸ Puesto que, desconociendo los conceptos que fundamentan, que “infraestructuran” la labor del psicólogo, Danis llega a caracterizar a esta última diciendo que “la investigación de lo inconsciente, aun cuando su tentación sea muy grande, no será reconocida como su principal misión; tampoco la excluirá de su trabajo, ya que sin la comprensión del aura invisible que rodea las conductas manifiestas, no entenderá a éstas y no llegará a comunicarse verdaderamente con las personas que lo consultan”. Es decir, que la investigación de lo inconsciente por parte del psicólogo está connaturalmente sancionada por un juicio moral, ya que “tentación” denota la posibilidad de acceder a una fuente de placer anhelado pero prohibido. Prohibición que, si es violada, consume un pecado. Original modalidad de definir los términos de una práctica científica a través de la apelación a las apetencias y preferencias de los practicantes, imprecada moralmente. Pero, con todo, aún queda un lugar para el inconsciente, que es el “aura invisible”, cuya indagación debiera tener su sitio en el quehacer del psicólogo. Es condición parcial, pero necesaria, mas no suficiente. En tal sentido, la postura de Danis pareciera ser abarcadora e integradora, cuando en sí no es más que una mezcla indiferenciada de objetos, prácticas, roles, teorías... y opciones. En su apotegma, el psicólogo debe minimizar la importancia de “la investigación de lo inconsciente”, puesto que si se excede en su interés, se hará psicoanalista. Y si todos los psicólogos así lo hicieren, no habría más psicólogos: todos se harían psicoanalistas. De ahí el discurso antedicho, que trata de salvar cautelosamente distancias profesionales incurriendo en objetos y objetivos híbridos que desnaturalizan y esclerosan la teoría. Una cosa es la teoría analítica que hace del “ser humano en tratamiento” su objeto, y otra cosa es la teoría analítica que entienda, como decía Freud, que “el empleo del análisis para la terapia de las neurosis es sólo una de sus aplicaciones y quizá venga el porvenir a demostrar que no es siquiera la más importante”.^{*} De todos modos, sería injusto sacrificar a una aplicación todas las demás, por la simple razón de que aquélla roza el círculo de los intereses médicos”.⁹ Porque los secretos del psicoanálisis, como acota Althusser, “sólo la teoría los detenta como en toda disciplina científica”.¹⁰ Y esos secretos-conocimientos del psicoanálisis no están indefectiblemente imbricados a la cura (práctica); y más aún: no se instrumentan únicamente para consolidar técnica/s psicoterapéutica/s. Pues entonces, ¿qué obsta para que el psicólogo “caiga en la tentación” de investigar el inconsciente en seres humanos fuera de un tratamiento psicoterápico?.^{*} Además: ¿es que es posible que, en tanto psicólogo, pudiese hacer otra cosa?

⁷ Althusser, Louis: *Freud y Lacan*. En: Althusser, Lagache, Foucault, M. Ponty, *Psicoanálisis, Existencialismo, Estructuralismo*, Papiro, Bs. As., 1969, pág. 82 y sig.

⁸ cit por Auzias, J.: *El estructuralismo*, Alianza, Madrid, 1969. pág. 146.

^{*} El subrayado es de Harari.

⁹ Freud, Sigmund: *El análisis profano*, Obras Completas (cit.), T. XII, pág. 70.

¹⁰ Althusser, Louis: op. cit., ibid.

^{*} Desde ya, y en un todo de acuerdo con Danis en este respecto, también puede y debe hacerlo si encara la realización de una psicoterapia.

Para decirlo sin ambages: no. No sólo no es posible, sino que la investigación del inconsciente es la condición que instaura y autoriza su quehacer, que lo valida y legaliza científicamente. Es lo único que le permitirá “comunicarse verdaderamente con las personas que lo consultan”, como dice Danis. Porque si no, ¿cuál es el saber y el poder que distingue al psicólogo de quien lo consulta? ¿Cuál es el saber y el poder que el psicólogo concedería al consultante? ¿Acaso devolvería al cliente los mismos materiales que éste ha construido por sí mismo, mostrándose en consecuencia vacío y superfluo? Obviamente, no: buscará construir un dato que resulte de la investigación del “aura inconsciente” (?) del cliente. Ya que si tomamos ingenuamente al pie de la letra las afirmaciones del sujeto de observación, nuestro método flota en la estratosfera de la consciencia, y se llama introspección. Si por el contrario, capturamos del sujeto su “discurso doble y único, inconsciente y verbal”,¹¹ nuestro método se nominará “relato”, según la propuesta de Politzer. Así, a partir del psicoanálisis, el psicólogo trasciende la “convencionalidad de la significación” del relato;¹² traspasa la observación pura y simple para depositarse sobre la *interpretación* del inconsciente, que se exhibe y se oculta inscripto en el discurso relatado y significativo. Este es el acto epistemológico que Politzer reclamaba, que implica y supera tanto a la percepción interna como a la percepción externa, que da carta de ciudadanía científica a la psicología.

Respecto de la interpretación, es bien conocido que su utilización en el psicoanálisis clínico busca “hacer consciente lo inconsciente” –como gusta repetir Freud–, para que de tal manera, el individuo enfermo acceda a la curación. Danis se ocupa de esta hipótesis y sostiene que “no se ha verificado” a pesar de que el individuo en cuestión “cambia”. En ese contexto, pareciera concebir que la interpretación es un recurso técnico predilecto del psicoanálisis, y de eficacia dudosa. Por ende, puede deducirse que si en lugar de interpretar el psicólogo meramente aconsejase, repitiese significados del cliente con otros significantes, o instrumentase otros recursos similares, no cabría objeción alguna. En esa tentación se puede caer, no en la de “penetrar más y más en lo inconsciente”, según amonesta una vez más la autora. Y con esto, no pretendemos denostar toda la gama de procedimientos técnicos que sean otra cosa que la verbalización de una interpretación; por el contrario, intentamos situar a todos ellos en la base fundante de la interpretación. Es decir que a partir de la construcción de una interpretación que en primera instancia será una “verbalización interior”¹³ del psicólogo, éste escogerá el recurso técnico más apropiado –y el momento más oportuno– para transmitirle a su cliente la comprensión que ha logrado acerca de su propio acaecer psicológico. En consecuencia, le efectuará interpretaciones, señalamientos, preguntas, le dará información y asesoramiento, le sugerirá la realización de tareas manuales o de un roleplaying, de acuerdo con el encuadre y los objetivos propuestos. Pero sus miras seguirán siendo: hacer consciente lo inconsciente. Si no lo entendemos así, profesionalmente caemos en un caos improvisador y accionamos permanentemente en emergencia.

Nuestro interés en la interpretación no se remite, entonces, a discurrir acerca de su eficacia en cuanto proceder técnico. Centrarse en este nivel de intelección de la interpretación implicaría tanto un nuevo descenso al nivel del empirismo ingenuo como la denigración de un aporte revolucionario de Freud. Este aporte ha puesto sobre sus pies la comprensión del verdadero funcionamiento de la capacidad señalizadora del hombre. En efecto, en tanto el ser humano tiene la capacidad de *representarse* al mundo, y a sí mismo, es que “Freud no interpretaba signos sino interpretaciones... la anorexia, por ejemplo, no remite al destete, como el significante remite al significado, sino que la anorexia como síntoma a interpretar,

¹¹ Althusser, Louis: op. cit., pág. 89.

¹² Politzer, Georges: op. cit., pág. 96.

¹³ Baranger, Willy: *Problemas del campo psicoanalítico* (en colaboración con Madelaine Baranger), Kargieman. Bs. As. 1969, págs. 256-257.

remite a los fantasmas de un mal pecho materno, el cual es en sí mismo una interpretación, un cuerpo hablante. Es por esto que Freud no puede sino interpretar en el mismo lenguaje de sus pacientes lo que sus propios pacientes le ofrecen como síntomas; su interpretación, es la interpretación de una interpretación en los términos en que esta interpretación está dada”. Y como termina consignando Foucault: “el signo, al adquirir esta función nueva de ocultamiento de la interpretación, pierde su ser simple de significante que poseía todavía en la época del Renacimiento”.¹⁴ Tal el caso de la moneda en Marx, tal el caso de las formaciones del inconsciente en Freud. Tal es la senda que transitan hoy por hoy las ciencias humanas: *interpretar* los sistemas latentes que otorgan coherencia inteligible a lo anárquico manifiesto. Senda prolífera y prolífica cuyos resultados e implementaciones prácticas reconocen la paternidad de la concepción freudiana. La omisión de este hecho cuando se habla de psicología obnubila al psicólogo, quien no puede comprender acabadamente que su “misión” consiste en leer la interpretación que el signo del sujeto transforma en jeroglífico.

Cuando Freud sustituyó la inocua introspección por el relato, es notorio que pudo hacerlo en virtud de la capacidad humana de emitir signos verbales. Podríase pensar nuevamente que como es un recurso técnico adecuado para su finalidad, por ello en la sesión analítica dos interlocutores se hablan. Recurso, en consecuencia, que podríamos reputar como fortuito, accidental, casual. Y sin embargo, conlleva un nuevo hallazgo de Freud, quien centra la piedra de toque de una psicología verdaderamente instalada en un nivel humano al concentrar su atención y su operación en la palabra. Lejos han quedado, en esta perspectiva, la “psicología” de los perros salvadores y la “psicología” del estudio de los tiempos de reacción (¿a qué?) laboratoriales. Una nueva definición y una nueva posición emergen respecto de los recursos técnicos y de las posibilidades laborales del psicólogo, si sostenemos con Pontalis que “el análisis se proporciona a sí mismo los medios apropiados a su fin; si se realiza únicamente por intermedio de la palabra y pretende descubrir lo que cada uno tiene de más radical, es porque la raíz del hombre es la simbolización, y su historia un trabajo de creación de sentido”.¹⁵ Y esta simbolización no atraviesa sin más ni más los impolutos escaños de la conciencia; por el contrario, la capacidad representativa hunde su raíz en el inconsciente. Pero no simplemente un inconsciente pletórico de instintos, “perverso polimorfo”, anárquico en medio del fárrago enmarañado de necesidades que buscan descargarse alocadamente, sino un inconsciente que ha incorporado reglas, normas y sistemas que se oponen al deseo devenido humano desde la necesidad instintiva biológica. Este conflicto catapultó el pasaje de la Naturaleza a la Cultura –a la Ley del Orden de Lacan, a la Ley de Cultura de Althusser–, el pasaje del candidato a hombre, a niño en medio de un mundo de adultos. Conflicto universal que, en fin, da lugar a las deformaciones sistemáticas que se aparecen a la conciencia (campo preferido de la fenomenología) en forma de signos, a partir de los cuales se instaura la meta del científico humano: construir la interpretación subyacente al signo, develar el conflicto entre el deseo y la regla que existe en todo hombre merced a, que éste es un animal simbólico.¹⁶ Un psicólogo que no haga suya la enseñanza del psicoanálisis de que el hombre, según Pontalis, es un “ser de lenguaje”, negará la característica diferencial del género humano, y podrá trabajar sin palabras, o sin saber aquello que las palabras quieren decir y quieren dejar de decir.

Exclusión para el psicólogo, en conclusión, de los animales (orden de lo orgánico a-verbal y por ende a-reglado); de lo fenoménico exclusivo (apariencial y distorsionante); de lo laboratorial (cuando totaliza lo parcial y lo artificial del experimento).

Quizás subsistan aún dudas acerca del porqué de dichas exclusiones. Una nueva vuelta de espiral permitirá aproximarse a sus fundamentos de otra manera. Existen, como es bien

¹⁴ Foucault, Michel: *Nietzsche, Freud, Marx*. En: Althusser et al. (op. cit.), págs. 110-111.

¹⁵ Pontalis, J. B.: *Vigencia de Sigmund Freud*, Siglo Veinte, Bs. As., 1957, páginas 66/67.

¹⁶ Cassirer, Ernst: *Antropología Filosófica*, Fondo de Cultura Económica, México 1965, págs. 45/9.

sabido, estudios sobre “psicología animal” o “de los animales”: psicólogos que estudian, por ejemplo, el aprendizaje centrando su mirada en los inciertos devaneos de una rata en una caja o en un laberinto; psicólogos que estudian la comunicación de las abejas y pretenden descubrir el “lenguaje” que las mora; en fin, psicólogos que amputan o mutilan miembros de animales para investigar las secuelas ulteriores que tal procedimiento suscitaría en los objetos de experimentación. Ahora bien, cualquiera de todos ellos se encuentra legítimamente habilitado para deslizar su quehacer por esas vías; sólo que, cuando lo hacen, han dejado de ser psicólogos. Y esto es así porque el psicólogo es un científico humano que en su condición de tal se ocupa de humanos. Esta estrecha definición puede resultar hasta tautológica, ¿cuál es su fundamento? Es dable hallarlo en la hipótesis de los niveles de integración, concepto vapuleado y discutido en nuestro medio, pero cuya utilidad hermenéutica es indudable. Es posible que las infaustas ideas que al respecto han circulado entre nosotros (v.g.: postular como niveles de integración al psicológico, axiológico, etc.), se deban al relegamiento de una obra fundamental de L. Goldmann –de 1952– en la que ya distinguía que “si hay que reconocer, en el universo, la existencia de tres maneras de ser cualitativamente diferentes, la manera inerte, la viva y la consciente, debe haber también diferencias cualitativas entre los métodos respectivos de las ciencias físico-químicas, biológicas y humanas”.¹⁷ Esta lúcida afirmación –que disipa las dudas acerca de la paternidad de estas ideas– nos arroja de pleno en la consideración inmediata de dos problemas: el primero es que al investigar la manera “viva” (orgánica) se está investigando y construyendo cualitativamente otro objeto que aquel que se investiga, construye y modifica operativamente al ocuparse de la “manera consciente” (o capaz de consciencia). En consecuencia, si el psicólogo accede al nivel humano, si su objeto se encuentra al nivel de la palabra-signo de interpretaciones inconscientes de la lucha entre el deseo y la regla, no hay la menor posibilidad de conceder que en un animal se estudian procesos simplificados, aislados, hipertrofiados, etc., de como se dan en los hombres. O de suponer que la diferencia es cuantitativa. No. Simplemente, no hay extrapolación posible: constitutivamente pertenecen a órdenes cuyas posiciones no son intercambiables. El psicoanálisis, en cambio, no hesita y ofrece al psicólogo su objeto instalado en el nivel de especificidad ontológicamente correcto, incitándole a tratar con personas en su quehacer profesional.

Esto nos conduce al segundo problema derivado de la proposición de Goldmann, que consiste en el indisoluble himeneo que consagra la unión entre el nivel de integración y el método de estudio que le es ínsito. Si esto es así, no existe “un” método erigido como cartabón decisivo para sellar un discurso como científico o no, sino que el método científico preservará sus rasgos diferenciales acomodándose y reubicándose de acuerdo al objeto al que se aplique. Por excesiva comodidad epistemológica, los psicólogos intentaron, de inicio, acometer el proceder inverso: acomodar el objeto al método. Y el método es el correspondiente a las ciencias exactas y naturales, del cual no procuraron aprender –como dice Lévi-Strauss en la cita del epígrafe– para retraducirlo, sino que lo transportaron mecánicamente cual lecho de Procusto en el que acunaron un hombre inexistente, en una situación falsa, sometido a estímulos insólitos de laboratorio. Un hombre no cotidiano ni entero. Pero así alimentaban las esperanzas de una exactitud mensurable y de una objetividad precisa, sin interferencias indeseables por parte del observador. He aquí, sin embargo, que ni la mismísima Física pudo contener ese modelo dechado de asepsia: así lo demostraron, sin ir muy lejos, Heisenberg y Niels Böhr, entre otros. Se comprende, en tal sentido, la apodíctica afirmación de Sartre: “la única teoría del conocimiento que puede ser válida hoy en día es la que se funda sobre esta verdad de la microfísica : el experimentador forma parte del sistema experimental. Es la única que permite apartar toda ilusión idealista, la única que muestra al

¹⁷ Goldmann, Lucien: *Las ciencias humanas y la filosofía*, Nueva Visión, Bs. As., 1967, pág. 108.

hombre real en medio del mundo real”.¹⁸ Todo lo cual reenvía al concepto reiterado aquí en distintos pasajes acerca de que la tarea del observador científico no es registrar la objetividad de un fenómeno del que debía extrañarse, sino que consiste en construir una realidad –no “dada” perceptible y ostensiblemente– a partir del material bruto de observación. El observador científico, para decirlo aún de otro modo, participa en la gestación, en la consumación misma del dato. Su presencia enfrentada pero imbricada al objeto es necesaria e insoslayable. Por lo antedicho, que es escuetamente el sostén epistemológico universal de la ciencia, resulta aberrante concebir como conocimiento psicológico a aquel que se origina del contacto de un hombre con aparatos “de cobre y latón” o de la repetición fatigante de sílabas sin significado. Si nuestro saber pretende ser totalizador y aludir a seres humanos concretos en situaciones humanas concretas, debemos rescatar el sentido plenamente positivo de la afirmación algo escéptica de Lévi-Strauss, y “ver en la intersección de dos subjetividades el orden de verdad más próximo al que pueden aspirar las ciencias humanas, cuando hacen frente a la totalidad de su objeto”.¹⁹ Con lo cual el saber del etnólogo converge sinérgicamente –entre otros– con el del psicólogo, quien adopta este proceder de la práctica psicoanalítica que investiga detallada, minuciosa y exhaustivamente la mentada “intersección de dos subjetividades”. Proceder –quizás equivocadamente– nombrado en psicología como “método clínico”, ha sido desarrollado por primera vez como sistemática por el psicoanálisis, que de esta forma funda e inicia la estrategia metodológica para el quehacer del psicólogo como científico humano. Estrategia desembozadamente a-experimental, que no requiere para su validación científica el forzado mote de “cuasi-experimental” con el que algunos autores necesitan ornarla. Autores que parecieran no poder deponer todavía su cientificismo naturalista, que no se resignan a comprender que, como afirma Hesnard, “el fundamento de toda psicología (reside) en el vínculo interhumano natural”.²⁰

Si bien nos hemos propuesto de inicio no abordar la problemática comparativa entre psicólogo y psicoanalista, es preciso establecer ahora ciertos hitos para proseguir estas reflexiones. El psicólogo puede, desde ya, trabajar como psicoanalista, conveniente y suficientemente capacitado. Pero puede –y como dice Danis: debería– trabajar en todas y cada una de las situaciones cotidianas donde conviven e interaccionan seres humanos, esclareciendo los conflictos inconscientes habidos y/o por haber. Esas situaciones sólo podrán ser indagadas, previa sectorización y jerarquización de objetivos, a través y por medio de la teoría psicoanalítica, que es la que facultará al psicólogo tanto para la construcción del dato encuadrado en función de los objetivos, como para la consolidación de una acción técnica concorde a los mismos. De aquí surge la eficacia real del psicólogo para poder abordar y operar correctoramente sobre su objeto en campos planificados especiales: psicopedagogía clínica, orientación vocacional y profesional, entrenamiento en el rol, traslados habitacionales comunitarios, selección de personal, grupos operativos de diversa índole, etc. Estas son algunas de las “aplicaciones” del análisis –que Freud (v.s.) ya predijo– que pueden ser tanto o más importantes que su aplicación a la terapia de las neurosis.

¿Cómo entiende todo esto Danis? Ella considera que el psicólogo lleva hacia “los muchos” las “verdades, peligrosas y valiosas” que en forma de “descubrimientos valiosísimos” los psicoanalistas obtienen en su tarea bicorporal (cura) y que en manos de los psicólogos esas verdades “han perdido quizás algo de su estado de pureza pero están suficientemente elaboradas para aguantar la amalgama con la realidad social”. Esta situación, además, debe ser protegida “durante cierto tiempo”, en virtud de que “el futuro de las dos profesiones indica una separación de tareas y de miras”. En verdad, la separación de tareas y de miras que Danis desea amparar es la de la disociación del pensamiento y la acción, par

¹⁸ Sartre, Jean-Paul: *Crítica de la Razón Dialéctica*. Losada. Bs. As., 1963. Tomo I, libro I, pág. 37.

¹⁹ Lévi-Strauss, Claude: *Antropología estructural*, Eudeba, Bs. As., 1968. pág. XXV (introducción).

²⁰ Hesnard, A.: *Psicoanálisis del vínculo interhumano*, Proteo, Bs. As., 1968, pág. 12.

indisoluble que el psicoanálisis conquistó y ofrendó para la psicología y para los psicólogos. Según la autora, en cambio, los psicoanalistas piensan y los psicólogos accionan. El grupo privilegiado –psicoanalistas– resigna sus conocimientos “puros” en sus delegados en la “realidad social”, quienes los contaminan –o corren el riesgo de hacerlo– al instrumentarlos fuera de su prístino marco de procedencia. Por si no fuese bastante el análisis de clase de estas ideas, por las cuales se condena gratuitamente al psicólogo –“durante cierto tiempo”– a una pretendida proletarización intelectual por parte de los psicoanalistas, es preciso agregarle el prejuicio mentalista que dimana. Así, en la condición de sumisión y espera en que Danis procura situar al psicólogo (acción) en relación al psicoanálisis (pensamiento), olvida que Wallon demostró hace años que los seres humanos circulamos del acto al pensamiento no menos que del pensamiento al acto. Como lo puntualiza Sartre, “no situamos los orígenes de la acción en la toma de conciencia, no vemos en ella un momento necesario de la acción: la acción se da sus propias luces *cuando se va cumpliendo*.”* Lo que no obsta para que esas luces aparezcan en y por la toma de conciencia de los agentes, lo que implica que se haga necesariamente una teoría de la consciencia”.²¹

Por otra parte, estos últimos conceptos de Danis que hemos transcripto revelan los resabios de la nombrada concepción cuasiexperimental (idealizada) de la técnica psicoanalítica y trasuntan desconfianza por los descubrimientos que el psicólogo realiza en su quehacer.

El psicoanálisis, en fin, constituye un quehacer intelectual totalizador que enfrenta y está en pugna con los intereses creados por el “establishment” para sostener una psicología academicista, conciencialista o de ratoneras, desde la cual se piense acerca de ideas o del hombre puro, o acerca de animales, pero no acerca de hombres con retos que se desconocen concretamente y que, al conocerse pueden ser un “peligro” potencial.

Interés en re-cubrir lo cubierto, antes que en des-cubrirlo. Interés, por tanto, , de desvincular al psicólogo del psicoanálisis, para mianiatar y amordazar su mensaje, plagado de luces ante las cuales algunos hombres –como género– persisten en convencernos acerca de la tierna bondad de las tinieblas. Sería conveniente para ellos que hiciesen suyas las palabras que Saint-Exupéry adjudica a su “Principito”: “L’essentiel est invisible pour les yeux, répéta le petit prince, a fin de se souvenir”.

* Subrayado en el original.

²¹ Sartre, Jean-Paul: op. cit., fbid.